

Gobernaba en el colegio con la misma austeridad que hubiera podido emplear rigiendo en el gobierno.

Era una amabilidad terrible.

Signo *phonético* escrito con tinta rosada, pero indeleble.

Mirada *subrayada*, sonrisa *entre comillas*.

Profesor asombroso en la mímica social, el mundo le era un teatro.

Pero representaba su papel asombrosamente.

Si era preciso sonreír, sonreía.

Memoria prodigiosa, mirada dócil á la voluntad y á la conveniencia.

Aquel señor con su exactitud y su mirada, podía despertar la idea de una pistola de *Colt*, del núm. 2, lanzando sus balas pequeñas pero mortales, por decirlo así.

Ante el señor Rector era necesario mucho cuidado.

Los colegiales le temían mas cuando no les hacia caso, que cuando los castigaba del modo mas enérgico y riguroso.

El «no hacer caso» del señor Rector, era insultante, era terrible.

Buscaba en *todo* la mision y el objeto de *todo*.

Veía el colegio como una cosa *pública* pero *privada*.

Si alguna vez el gobierno hubiese estado en sus manos, hubiera visto á la nacion como una cosa *privada* pero *pública*.

Antonio, segun el señor Rector, no servia para otra cosa que para escribir en la secretaría del colegio, hacer versos, soñar y perder el tiempo.

Y desde aquellos tiempos *se fijó* en que nuestro jóven no serviria para nada mas.

Solia de vez en cuando darle algunas monedas y algunos consejos, y por regla general le despedía al fin viéndole *con fijeza*, y murmurando entre su peculiar y formidable sonrisa un

Este señor es «mucho cuento»,

Que nuestro jóven ya no oía.

Tambien el señor Rector era *mucho cuento* para Antonio, y, sin embargo, le quería.

Esto es, le quería con ese cariño de colegio que, ya lo hemos dicho antes, dura siempre.

El señor Rector siempre hubiera sido «mucha cabeza» para Antonio;

Pero nada mas.

Antonio, sin embargo, jamas hubiera podido llegar á considerarle como un magnífico volúmen del Maquiavelo.

«Era para esto demasiado corazon.»

Está suficientemente probado que es un absurdo la existencia de los entes necesarios en sociedad.

Y Antonio, no obstante sus sentimientos, jamas hubiera excluido á aquella cabeza de aquella regla.

Esto pudo perderle mas de una vez á los ojos del señor Rector.

Solia pensar esto, Antonio, respecto del señor Rector:

«Es necesario verle bien antes de que le vea á uno.»

Y temblaba de no conocer en lo absoluto á aquel esclavo de lo *conveniente*.

La *conveniencia* fué el primer caudal que supo derrochar Antonio.

No podia, pues, jamas llegar á ponerse de acuerdo con el señor Rector, quien respetaba demasiado las conveniencias de este mundo para no despreciarle lo bastante.

Si el segundo hubiese llegado á figurar en política, se le hubieran debido grandes, ó por lo menos notables descubrimientos:

Sentenciar á muerte sonriendo.

Y si hubiera hallado en medio de su camino al

Suprema lex esto,

Se hubiera quitado el sombrero, é inclinándose profundamente le hubiera dicho un

«¿Me permite vd.? ¡Voy á pasar!.....»

Y así, hubiera *pasado* por encima, por un lado ó por debajo de todo.

Respetaba la forma, pero despues de haberse apoderado de la esencia.

Pensaba algo, y resolvía inflexiblemente el «será» ó el «no será.»

Y cuando la resolucion estaba formada, cuando ya no habia remedio, cuando la cosa quedaba fuera del terreno de la deliberacion, solia reunir á la gente y preguntar:

—«¿Qué les parece á vdes. de esto?.....»

Y si jamas hubiera tenido oposicion á su dictámen ó á su voluntad, hubiera muerto de tedio ó de exasperacion.

Sacrificaba la *idealidad* en aras de la idea.

¿Qué le hubieran importado nunca los *principios*, con tal de llegar á los fines?.....

Si los hombres de la ciencia hubieran llegado á probarle *hasta la demostracion* que el mundo tenia ó afectaba la forma de un corazon, el señor Rector hubiera despreciado siempre el estudio del mundo.

Su cabeza, el mundo moral y el mundo social, solian formar una especie de *carambola*.

Y el señor Rector solia *desviarse* un tanto.....

Pero jamas *se perdía*.

En el complicado ajedrez de ciertas situaciones de la cosa pública, hubiera empleado de preferencia á los caballos.

Sin duda por su prurito de imprimir á las cosas una marcha anómala, irregular, sinuosa.

El señor Rector tenia un talento particular que nadie pudo ni pretendió nunca disputarle.

Algo *tenia que tener*.

Pero era el tipo de la delicadeza y de la conveniencia, al estudiar comparativamente estas dos palabras:

«Talento.»

«Talentos.»

El que no impendia el primero para alcanzar los segundos, era un *mentecato* á los ojos del señor Rector.

Y era formidable al dar la cuenta de *los cinco talentos*.

Era preciso con el señor Rector ser, ó una sombra ó un *zarillo*.

No habia medio.....

CIV.

La vida privada del señor Rector fué siempre irreprochable.

Sus pasiones un misterio.

Sus sentimientos indefinibles.

Un ente de razon, perfecto conocedor de las vaciedades de este mundo.

Un apreciador magnífico de la importancia que tiene esta arma que se llama ridículo.

El señor Rector pasaba la vida riendo interiormente de todo y de todos.

Pero respetaba del modo mas nímio y escrupuloso todas las formas y todas las exigencias de la sociedad.

Daba la verdad en un *duro*, pero no vacilaba en recibir *lo vuelto* en lo que el mundo llama «elevacion de ideas.»

Solia burlarse de los suicidas morales, esto es, de los poetas.

Y á esto llamaba:

«Morir sin haber vivido.»

Vivir para el señor Rector, era «mandar y ordenar.»

Somos justos.

El señor Rector era «mucho cuento,» como hemos dicho. Era preciso comprenderle.

Pero es el caso que nadie le comprendía.

O por lo menos nadie creía comprenderle.

Antonio lo vislumbraba algunas veces.

¡Nada mas!.....

El señor Rector creía vislumbrar á Antonio algunas ocasiones.

Porque algunas ocasiones el señor Rector creía todo.

Le agradaba la oposicion como una prueba de su preponderancia.

Si alguna vez hubiese el señor Rector ejercido su carácter en lo que se llama «la política del país,» su carácter hubiera sido *acuñable*.

Esto es positivo!

Suele en México «á veces» ser lo mismo.

Y hubiera dado *todo* por nada:

O *nada* por todo.

Lo cual suele tambien ser lo mismo en México.

Oh! ¡Cuánto hubiera *dado* el señor Rector porque en épocas dadas todos sus subordinados hubiesen sido locos ó estúpidos.....

El señor Rector buscó siempre el *egoísmo* y no le halló.

Y dijo:

«Este no es de sí mismo.»

O por lo menos:

«¡Este no está en sí mismo!.....»

Al ver Antonio que todas aquellas cosas *rotuladas* á él, y que le venian bajo de *sobre* «caian,» rió, como hemos indicado, pero con una risa llena de lágrimas.

«Héte aquí, mi pobre Máximo, que valemos mucho, por mas que digan.»

Dijo, aludiendo irónica y amargamente á una cruz que le llegaba, y á una doble invitacion que se le hacia para ir á comer con S. M. el Emperador, y á bailar en la soirée de S. M. la Emperatriz.

— Ya ves, Máximo..... Al fin no soy tan cualquiera cosa, que esto que me llega no es una cosa cualquiera.

¡Qué quieres!.....

Se representa en estos momentos una escena de Rigoletto ó el Rey se divierte.

Lo estás viendo, Máximo.....

El bicho de escritorzuelo amamantado con teorías y quimeras, está hoy invitado á los ostiones del monarca y á los lunes de la Emperatriz.....

¡Oh! Mi frac..... ¿te acuerdas?..... ¡Mi frac!..... Aquel de elevado punto está *inmejorable* para aquello de *zangolotearse* en Palacio con alguna dama de elevado copete.

Ya lo ves.....

Aquí hay un signo esmaltado que me dice á gritos, *caballero*.....

Jí!..... jí!..... jí!.....

¡Qué diría el Rector si me viera convidado á comer y á saltar en el dorado alcázar!!.....

Jí!..... jí!.....

Con esta cabeza de tarántula y estas patas.....

Jé! jé!..... jé!

¿Vamos, Máximo?.....

Veremos qué princesa te pescas por las alturas de la corte.....

¡Diablo!.....

¿Si habré nacido para conde?.....

Mira, Máximo. Vete á buscar las armas de mi abuelo. Será preciso que las graben en la tarjeta y en el anillo.

Pues señor, yo creí que no valía la pena. Pero este Maximiliano empeñado en meterse conmigo.

¡Gracias, amigo, me faltan guantes!

¿No te parece, Máximo, que *he quedado fresco*?

¡Yo no sé en dónde ir á buscar un poco de *frac* y un tanto de maneras!

Es necesario no preocuparse en contra de *uno mismo*.

Tarde ó temprano se nos hace justicia.

Será necesario dejar que crezca la barba y partirla en dos. Así la lleva Su Majestad.....

Mira, hijo, por ahí *ha de andar* mi portamoneda.....

Adentro debe de haber una media onza de oro, lisa y casi oval.

Un Carolus III, una verdadera joya para un arqueólogo.

Vé mañana temprano á ver si el buen Hesselbart te quiere dar por ella un sombrero *papier maché*.

El Emperador lo usa constantemente.

¡Oh! dicen que sirven unas cosas en la mesa de S. M.!....

Y tú qué dices, Máximo, ¿bailo regular?

¿Cómo se dirige uno á una princesa en un baile de la corte?

Francamente, mi amigo. ¿No me percibes no sé qué olor-cillo de aristócrata?

¡Cáscaras! ¡me siento muy decente!.....

¿Qué dirá el señor Rector?.....

¡*Puoah!*..... ¡Trasciendo á vizconde!.....

Y Antonio, *riéndose* amargamente, se limpió las lágrimas con una de las extremidades de la sábana.

—Pero ¿qué mas puedes apetecer? le preguntó Máximo entre impaciente y asombrado.

—Nada. Es verdad, nada!..... Ya ves..... La fortuna coronada se acerca á mi lecho. Una fortuna, como quien dice, real ó imperial..... Una cosa envidiable á fé mia!.....

—Pero veo que aceptas esta lluvia de oro y rosas como un insulto. Pues bien, ¿qué mas quieres?.....

—Nada, es verdad. El destino me abofetea con lirios y me escupe á la cara con aljófara. Mi destino es un actor digno de rivalizar con el mismo Talma. Hoy se viste de monarca y me dice:

Toma, ven!

Dices bien. No puedo apetecer mas.....

Máximo por toda respuesta dió un soberbio *manazo* sobre la mesa, y produjo *una cosa* muy semejante á un sordo gruñido.

Después se levantó, y sin añadir una palabra salió de su recámara.

Antonio se envolvió en sus ropas, sopló á la luz y quedó profundamente dormido.

Los papeles quedaron sobre el *bureau*, menos uno que habia quedado dentro del gran *sobre*, y que era una *nota* oficial.

Ninguno de los jóvenes la vió.

Era un *nombramiento*.

Máximo, al salir de la recámara, murmuró entre dientes y volviéndose á la puerta:

—¡Oh, maldito loco, qué suerte la tuya!.....

OV.

Chucha habia abierto á los ojos de Antonio una de esas innumerables estancias en que vive el placer bajo mil distintas formas.

Aquella muchacha era una prostituta, porque jamas hubiera podido llegar á ser otra cosa.

El placer, el amor puramente físico, la habia revestido con el plumaje mágico y cambiante del colibrí.

Así se sentía ella bien.

No sabremos decir si sentía ó profesaba el placer.

Pero en el placer no aceptaba restricciones.

Aquella desgraciada habia evadido de la virginidad y de la niñez, trémula, vertiginosa y brillante como una mariposa que fuera una oruga.

Tenia la belleza atrevida é irresistible que necesitaba.

Cuando aparecia algun nuevo encanto entre los hechiceros encantos de aquella mujer, como suele aparecer un nuevo capullo entre los de un exuberante y enhiesto rosal, aquella mujer lo revelaba sin pudor y sin escrúpulo, hasta ponerlo al alcance de toda curiosidad y de todo cinismo.

La divertia en extremo vivir bajo el ojo de cristal de la cámara fotográfica.

Era un demonio de lujuria, envuelto en poéticas gasas y adornado de purpúreas camelias.

Máximo habia sabido sacar de ella lo que se llama «partido.»

Aquellas formas rosadas, esbeltas y finas, bastaban para extraer los polvos de oro que buscaba Máximo en el mundo.

Contaba con ella en todo sentido y para todo.

Era su querida y su recurso.

Pero no la *quería*, sino la *apreciaba*, y la apreciaba por cierto en su justo valor.

Máximo tenia en alguno de sus libros una cuenta encabezada con estas palabras, poco mas ó menos:

Chucha. — Su cuenta,

Con la abreviatura correspondiente.

Y figuraban allí algunas *partidas* que en ninguna parte debieran por cierto figurar.

Vivia en uno de tantos *chiribitiles* que hay en México, y que no se ven, pues que no hay para qué verlos.

Un inmundo escondrijo de casa de vecindad, lleno de suciedad, de miseria y de fango; con el consagrado jergon, con

la cocina en la sala y el comedor en la cocina; con el consiguiente embrollo de la olla de los frijoles, el pan duro, la boneta con pluma rizada y los botines de raso blanco.

Máximo habia tenido cuidado de plantar un apaga-luces á aquella alma desde bien temprano.

Sopló sobre la *idea* y el honor que pudieran hallarse *allí*, y *allí* todo lo espiritual se apagó muy pronto.

El alma de aquella muchachita desgraciada, bajo el primer beso de Máximo, quedó convertida en una pavesa nauseabunda, pero llena de humo, de chispas de fuego, de puntos de oro....

CVI.

Antonio poseia una idealidad desarrollada hasta un grado asombroso.

Sabia hallar la poesía del placer.

Pero no por esto prescindia del placer de la poesía.

Si hubiese sido mas mundano, habria hallado imposible una adunacion de todo en todas, y se hubiera sentido sin duda alguna *mistificado* alguna vez.

La imaginacion le salvó por entonces.

Piedad se le marchitaba á lo lejos.

Eugenia era su ideal.

Antonio era *hombre*.

Conservó todo, menos la flor marchita.

Aquellas beldades de salon eran para Antonio rosas de invernadero.

Esto es, algo muy delicado, muy tenue, muy bello.

Chucha vino á soplar sobre el *pólen* de las flores abiertas en el corazon de Antonio, y aquel polvo de oro voló á fecundar no sabemos qué flores desconocidas.